

Capítulo 51 - Compras - El Juego en el Carrusel: Una Película de Terror LitRPG

- [Capítulo 51 - Compras - El Juego en el Carrusel: Una Película de Terror LitRPG](#)

Capítulo 51 - Compras - El Juego en el Carrusel: Una Película de Terror LitRPG

Me encontraba en el centro de un amplio corredor de piedra, semejante a algo salido de Hogwarts a simple vista. Trabajos de piedra elegantes. Sin concreto moldeado. Sin embargo, estas paredes no correspondían a un patio real de palacio. Eran tiendas. A cada lado, había de ocho a diez puertas de vidrio con grandes vitrinas repletas de mercancías que buscaban atraer a los clientes.

La única salida del pasillo que lograba encontrar era por donde habíamos entrado.

Esto era una caja mortal.

Si algo te perseguía hasta este lugar, tendrías que arriesgarte a qué puerta escoger, esperando que haya una salida oculta a simple vista.

A mi derecha, observé una gran ventana de vidrio que una vez estuvo llena de maniqués vestidos para un verano en la playa en los años setenta: colores vivos, cierto grado de modestia y una oleada de nostalgia que solo había experimentado de manera indirecta a través de películas.

No obstante, todas las exhibiciones estaban aplastadas, y sobre sus restos, se alzaban decenas de zombis sin rumbo, del tipo azul y verde de antes, cuando la carne podrida se consideraba demasiado escandalosa para las películas, que presionaban contra el vidrio con desgana. Siempre pensé que los que no estaban podridos eran aún más inquietantes.

Tal vez eso se debía a que, a medida que la gente se pudre, se vuelve más ligera. Un cadáver completamente desecado apenas pesaba unos cuarenta kilos. Lo sabía; había luchado con uno.

Estos zombis estaban todavía completamente hidratados. Apenas estaban muertos. No me gustaría enfrentármelos.

No atrajeron a ningún cliente. Esta tienda, la única cuya puerta estaba cerrada con candado y cadena, había llegado a vender equipos para deportes acuáticos de verano y ropa de playa, pero ahora servía como guarida de monstruos vagantes, esperando que su historia se activara. Podía sentir la presencia de esa guarida con mi táctica de Scout Histórico, con todos los monstruos justo frente a mí. Ojalá los hombres lobo estuvieran exhibidos así.

"¿Estás seguro de que ese cristal aguantaría?", pregunté, mirando a Kimberly. La estructura se flexionaba.

"Siempre ha aguantado", dijo ella. "Lo mejor es no mirarlos. Lara mencionó que la única forma de desalojarlos es abrir la puerta, romper la ventana o activar su historia, pero sinceramente, no creo que me gustaría comprar allí de todos modos."

"No lo sé", respondí. "El verano se aproxima."

"Ese es un buen punto", dijo ella. "Me gusta ese chal."

Seguí su mirada hacia un zombi rosa que vestía una bata floral transparente de algún tipo. Le daba un aspecto de haber salido de la piscina recientemente.

Reí.

Kimberly sabría mejor que yo si el cristal aguantaría a los no-muertos.

El Outlet del Mangler había sido un lugar habitual en los tiempos del Campamento Dyer.

Nunca fui, pero los Eye Candies, las Últimas Chicas y cualquiera que apreciara la ropa que llevaba sabía cómo funcionaba la rutina. No podíamos ir al centro comercial real porque moriríamos rápidamente, pero el outlet era una excelente alternativa, una pequeña muestra de las tiendas que se podían encontrar en el mundo real.

Por supuesto, el lugar parecía diseñado como una pesadilla.

Desde afuera, era un edificio con muros de piedra ornamentados, profanados con anuncios de las tiendas en su interior.

El problema era que el edificio rodeaba un corredor en forma de U, con las tiendas distribuidas alrededor del pasillo por donde circulaban los clientes. Entrabas por un extremo de la U, y el otro extremo era un callejón sin salida con dos esquinas ciegas para entrar y salir.

Lo odiaba cuando era explorador.

Aunque sería una base excelente.

Solo podíamos acceder a las tiendas entrando por el pasillo. Sería un lugar terrible para quedar atrapado en un apocalipsis, en una historia o, peor aún, si alguien rompiera el cristal y liberara a los zombis.

Al principio, lideraba la exploración, tomando nota del terreno y de dónde estaban los Presagios, para luego abrir camino y permitir que los demás compraran en los comercios. No era tan malo si todos estaban en sintonía.

De hecho, había algo peculiarmente relajante en escuchar los gemidos de los zombis mezclados con la suave música de fondo del centro comercial.

No me importaba lo que Kimberly dijera—no podía estar cerca de ellos.

Me moví con cuidado, manteniendo a todos los actores y Presagios a la vista.

Los demás estaban mucho más interesados en las tiendas que yo. Cuando dije que íbamos de compras, hablaba de las tiendas especiales relacionadas con el juego real en Carousel, no de estos establecimientos comerciales superfluos.

Pero Carousel había renovado esas tiendas desde su estado anterior; con la adición de objetos de tropos, incluso estas tiendas mundanas podían resultar interesantes.

“Hay una tienda de ganga a la derecha,” dijo Kimberly. Ella conocía este lugar de memoria. En la época del Campamento Dyer, los jugadores venían aquí a comprar en grandes grupos; por supuesto, estaban repletos de armas de fuego y otros armamentos.

Éramos iguales.

Llevaba en mis manos unas tijeras de seto especiales, firmemente sujetas, lista para cortar una cabeza en cualquier momento.

No íbamos todos agrupados como solíamos cuando viajábamos—esto era un lugar en gran medida seguro, y se sentía así porque había muchos PNJs haciendo su vida sin preocuparse por la tienda llena de zombis, por supuesto.

Viajar se había vuelto mucho más fácil, ya que ahora éramos tres personas completas con tropos de exploración capaces de detectar Presagios sin dificultad.

El tropo de Lila era comparable al mío en cuanto a mostrar presagios, y el de Isaac era útil si prestaba atención. Probablemente tendría que aumentar mucho su estadística de Perspicacia antes de que fuera tan útil como la nuestra, si alguna vez llegaba a serlo.

Lila disfrutaba ayudando. Quizá pensaba que esa era su forma de alcanzar la verdadera redención. No era una mala teoría. Ya la apreciaba.

Sus compañeros necesitaban tiempo. Andrew era educado e incluso amistoso con ella, pero quería que sus compañeros perdidos regresaran. Eso era todo lo que le importaba.

“Hay una tienda de caramelos allí,” dijo Kimberly, “y una tienda de electrónica más adelante.” Señaló más abajo en el pasillo.

Al principio pensé que hablaba con todos, pero en realidad hablaba conmigo. Quizá pensaba que esa era mi onda: dulces y electrónica.

El lugar de electrónica se llamaba La Conexión Pura. Aunque tenía una sala de exhibición en la parte delantera, pude ver a través de la ventana que en la parte trasera había pilas de dispositivos electrónicos. Desde una mirada rápida, se notaban objetos de tropos, aunque no podía concentrarme lo suficiente en ellos para saber exactamente qué eran.

Quería entrar allí. Era extraño. Sentí que debía mirar alrededor. No sabía de dónde provenían esas sensaciones. La verdad, el lugar era deprimente.

Aun así, sabía que haría esa visita.

“La tienda de ganga parece haber sido destrozada,” comentó Bobby.

—Sí, todos los mercados de dólar, por supuesto —dijo Isaac.

Por lo que podía observar, la tienda de dólar no ofrecía artículos típicos ni ropa de buena calidad, pero sí disponía de productos de higiene personal y otros objetos que mejoraban la calidad de vida, difíciles de encontrar en las tiendas comerciales.

El objetivo de Kimberly era una tienda de ropa situada al final del pasillo, que parecía ofrecer una amplia variedad de prendas.

Aún estábamos en la primera rama de la U y necesitábamos realizar dos giros más para llegar allí.

No podía permitirme el lujo de comprar libremente, ya que debía estar atento a los presagios.

No solo existían presagios dentro de las tiendas, sino que, ocasionalmente, Omens móviles recorrían los espacios acompañados de los personajes no jugadores—como aquel hombre, mal vestido, que corría entre la multitud perseguido por hombres con trajes que le ordenaban detenerse, intercambiando entre ellos términos propios de agentes gubernamentales en radiotransmisores.

El secreto con él era no dejar que chocara contigo, porque podía deslizar algo en tu bolsa de compras. Después, los agentes buscarían de cualquier modo recuperarlo de ti tras revisar las grabaciones de seguridad y darse cuenta de que lo tenías.

Por suerte, ese presagio era fácil de desactivar, ya que, incluso si colocaba el objeto en tu bolsa, podías simplemente sacar aquello y dejarlo caer al suelo sin que ocurriera nada dañino.

Estarías fuera de problemas. Eso me había dicho Atlas.

Mientras leía ese presagio, debí estar sonriendo, porque Ramona me lanzó una mirada divertida.

Le confirmé a todos los que estaban cerca que no dejaran que el hombre chocara con ellos o introdujera algo en sus bolsas, y seguí atento a otros presagios.

—¿Eso también es un presagio? Los presagios están en todas partes —comentó ella.

—Lo están —respondí—. Solo hay que estar atentos, y estaremos bien.

Pensé que ella estaba asustada, pero eso no parecía del todo correcto.

—Solíamos venir aquí cuando era niña —dijo—. Claro, entonces no había zombis. Era un lugar muy común.

Ella había crecido en una versión ligeramente modificada de Carousel, donde los Omens no existían o estaban reprimidos; esa diferencia nunca quedó clara.

—Me imagino que este lugar se ilumina muchísimo en Navidad —comenté. Tenía recuerdos de comprar regalos en un lugar así.

Ella asintió.

—Es un sitio maravilloso para crecer, aunque ahora pueda parecer extraño —dijo.

Conversamos un rato mientras la gente paseaba. Íbamos avanzando, y Ramona solo tenía interés en comprar ropa nueva, aunque no disponía de mucho dinero.

—¿Y ustedes celebran la Navidad? —pregunté. Aunque no tenían nuestras marcas, de alguna forma compartían parte de nuestras festividades. También tenían muchas que nosotros no, por supuesto.

—Sí —afirmó ella.

—¿Y en qué consiste esa festividad? —indagué.

—En acebo, regalos y villancicos —dijo ella—. Cosas por el estilo. Si eres buena, Santa te trae obsequios; pero si no, te arrastran de la cama y te comen, ya sabes, esas historias que les cuentan a los niños.

Cuanto más hablaba, más caía en cuenta de que, cuando mencionaba la Navidad, ella no entendía que significaba exactamente igual que para mí. La Navidad no era una festividad aquí, no en realidad; era solo un escenario para películas de miedo, asociado con el invierno y el solsticio. La religión era un detalle secundario.

Intenté profundizar más en ese tema, pero parecía que nuestras concepciones de la religión estaban tan alejadas que solo me confundía más. Después de todo, Carousel había agrupado miles de cultos y los había programado para que actuaran como una cultura pseudomonoteísta. Era un tema denso y confuso, pero la religión suele serlo.

—Hay muchas religiones, —dijo Ramona—. Los Hijos de Yashina, los Seguidores del Dios Encapotado. Me criaron pensando que era de mala educación preguntar sobre esas cosas, y por lo general, se mantienen al margen.

Cuanto más hablaba, más parecía que la versión de Silas Dyrkon de Carousel era profundamente compleja. Al menos, Carousel Original no pretendía ser una verdadera ciudad en su apariencia,

pero lo que Silas había creado para su línea argumental apenas era coherente—y aún así, para Ramona, era completamente normal.

—¿Quieres algo de dulce? —preguntó, mirando hacia la ventana donde un hombre sacaba un caramelo de jarabe negro como la noche.

—Por supuesto, —contesté—. Solo que debemos mantenernos en la parte trasera del grupo para estar atentos a los presagios.

La tienda de caramelos tenía un montón de Presagios, como cabría imaginar. Eran fáciles de evitar.

—Para que sepas, no voy a comer nada de aquí, —dije—, pero me gusta la idea de mirar los dulces.

—Oh, probablemente sea una buena idea —dijo ella—. Ni siquiera pensé en eso. ¿Algunos de estos son presagios, verdad?

—Como la mitad de ellos son Presagios —comenté—.

—Eso es decepcionante. Muéstrame —dijo ella—.

—¿Ves esa manzana con el recubrimiento de caramelo verde brillante? —pregunté.

Nos paramos frente a una pequeña vitrina en la que había muchas manzanas, aparentemente recién hechas, puestas en palitos. Cada una de ellas era un presagio en sí misma, pero los pequeños niños NPC las agarraban y las metían en sus bolsos.

El privilegio de los NPC era real cuando se trataba de no activar Presagios.

Ramona observó las manzanas detenidamente.

—¡Dios mío! —exclamó al final—. ¿Cómo no me di cuenta antes?

—Sí, hay que dejar que la vista se vuelva borrosa y concentrarse en lo que tienes en la cabeza —dije—. Claro que, en mi caso, no necesito preocuparme por eso, porque mi tropo hace que aparezcan inmediatamente.

—Madrastra —leíó Ramona en papel tapiz rojo—.

—Así es —asentí—.

El cartel mostraba a una ama de casa vestida elegantemente, sosteniendo una de las manzanas de caramelo como si fuera una flor o algo así. La imagen la cortaba a la altura del cuello, de modo que no podía ver su rostro.

—Así que no comas la manzana —dijo Ramona—.

—No comas la manzana —repetí—.

Más allá, había muchos otros dulces sin presagios asociados, como cabezas en miniatura de caramelo, que en realidad eran gomitas gigantes, o polvo rojo de azúcar que se debía sacar con los dedos de un pequeño saco; al lamer el polvo, dejaba una especie de residuo rojo como la sangre.

—¿Están todos estos dulces envenenados? —preguntó Ramona—. Esperaba conseguir algunos de esos chocolates de naranja, eran mis favoritos cuando era niña.

—No, por supuesto que no. Algunos solo llevan cuchillas en su interior, y hay un pulgar en esa botella de refresco de allí. Así que no todo es veneno —dije—. Los chocolates de naranja parecen seguros si quieres arriesgarte.

Ramona se mostró muy decepcionada. Otra reliquia contaminada de su vida pasada. El tema grotesco de los dulces no la molestaría tanto, pues había nacido y crecido en ese entorno.

—Te propongo algo —dije—. Encontraremos algún día una historia que ocurra cerca de aquí, y entonces entraremos a esta tienda de dulces y la saquearemos—, así será seguro.

—¿Estás segura? —preguntó ella—.

—Todo lo que sé me dice que estará bien, aunque este centro comercial tiene historias duras, así que quizá tarde un poco. Pero lo intentaremos.

Ella sonrió, y dejamos atrás los horrores azucarados mientras una madre compraba el refresco con el pulgar para su hijo.

Caminamos lentamente adentrándonos en el centro comercial de outlets. Aún era temprano en la mañana y el sol todavía no inclinaba su luz sobre nosotros.

El pasillo se ensanchaba en la parte inferior de la U, y había algunas mesas con sombrillas dispuestas para que la gente comiera allí. Algunos restaurantes genéricos estaban ubicados en ese lugar, pero no habíamos ido allí para almorzar. Nos habíamos agrupado alrededor de una de las mesas.

Por lo que pude notar, ninguno había comprado realmente nada aún. La mayoría hacía solo vista, tratando de encontrar los objetos típicos, pero nadie había encontrado algo que quisiera.

"¿La comida aquí es segura para comer?" preguntó Cassie.

"Sí, pero no pidas el número seis en el restaurante de fideos—eso trae mala suerte. Ni siquiera estoy seguro de qué pasa allí," respondí.

Comprar comida en Carousel siempre era una opción, y a diferencia de la tienda de dulces, que parecía llena de artículos de broma, los restaurantes generalmente servían comida segura—a menos que estuvieran clausurados o estuvieran atendidos por fantasmas o algo así.

Yo no tenía mucho interés en la comida, así que decidí explorar la tienda de electrónica.

Les di a todos la dirección a donde me dirigía. Sentía como si me arrastraran hacia allí.

"Compra un televisor para la sala," dijo Isaac.

"No, no hagas eso," afirmó Kimberly. "Odio los canales de acceso público de Carousel. Siempre aparecen cuando menos lo esperas."

En el Campamento Dyer no teníamos televisor, al menos que yo recordara. ¿Qué habríamos visto allí?

El Bare Wire resultaba aún más deprimente por dentro. Tenía algunos aparatos electrónicos anticuados que me recordaban a negocios que estaban en liquidación. Solo había un empleado con un chaleco que parecía completamente desinteresado de mi presencia al atravesar la puerta.

La música en la tienda era distinta a la del resto del centro comercial; las voces eran más fuertes que la música, con un estilo extraño, amateur, improvisado, como si escuchara a alguien cantando para sí mismo.

A ninguno de los productos ni a los presagios, de los cuales había pocos, presté demasiado interés. Mi verdadero interés estaban en los objetos de tóxico que había visto asomándose entre las grietas de los estantes en la parte trasera de la tienda.

No estaba seguro si los clientes debían ir allí, pero el empleado no me detuvo. Al principio pensé que estaba enviando mensajes desde la caja, pero al pasar junto a él, vi que estaba jugando a la serpiente en un pequeño teléfono plegable.

Mientras caminaba hacia la parte trasera, miré por encima del hombro, a través de la ventana, hacia el pequeño patio de comidas para asegurarme de que todavía era visible para mis compañeros. Debería haberles pedido que me acompañaran, pero extrañamente me sentía muy tranquilo.

No sentía peligro alguno.

Luego, comencé a revisar los objetos de tóxico apilados en los delgados estantes de metal.

Curiosamente, lo primero que llamó mi atención no fue un objeto de tóxico; fue un cable eléctrico con los cables enhebrados en un alambre raído, enroscados alrededor de una lanza metálica de un arpón. Se vendía por 2,99 dólares, lo cual me pareció una buena oferta. Si tan solo tuviera un arpón...

Después encontré un amplificador grande con un objeto de tóxico que hacía que enviara una enorme ola de explosión y detonara el altavoz si subías el volumen al máximo y luego transmitías sonido a través de él. Era un objeto del arquetipo avanzado del artista llamado Overloaded.

Sabía que ese tropo existía en las películas; lo recordaba de las Tortugas Ninja en vivo.

Había una aspiradora con un tropo de Cazador de Fantasma que le permitía aspirar espectros, pero solo funcionaba en comedias. Aún no había visto una verdadera comedia de horror, aunque habíamos llegado bastante cerca. La edición final de Delta Epsilon Delta claramente tenía un tono humorístico, aunque no interpretamos ese papel intencionadamente.

No estaba seguro de lo que buscaba, pero esperaba que algo estuviera allí. Me guiaba solo por las vibras.

Contaba con mi tropo de semi-vidente, pero a menudo era difícil distinguir el efecto que tenía en mí del efecto de mi tropo de explorador.

Aquí, sin embargo, definitivamente sentía algo, aunque probablemente no podría haberlo articulado mientras caminaba por los pasillos de estantes metálicos, constantemente mirando hacia atrás por la ventana para asegurarme de que mis amigos todavía estaban allí.

Y entonces lo vi.

A Isaac le habría encantado.

Era un televisor. No uno grande; de hecho, era tan pequeño que tenía un asa incorporada en el plástico en la parte superior, en la que podía meter los dedos por detrás para transportarlo. Contaba con una videograbadora integrada y, aunque la pantalla parecía pequeña, era más que suficiente para ver películas.

Lo sabía.

Porque tenía uno igual.

La marca era Philips, igual que la mía, que había tenido desde niño.

No podía dejar de mirarlo. Revisé docenas de veces para asegurarme de que no era alguna especie de presagio que me engañaba pensando que era mi antiguo televisor, pero no pude encontrar nada.

El televisor estaba conectado a uno de los muchos enchufes del lugar, así que alcé la mano y presioné el botón de encendido.

No se encendió de inmediato —esos televisores nunca lo hacían—, pero escuché un clic y, lentamente, la pantalla empezó a mostrar la imagen, con las letras "VCR" en la esquina superior izquierda.

Lo había visto tantas veces que mis abuelos me habían obligado a guardarlo en el sótano para que no pasara toda la noche viéndolo. Es más, mis padres tenían el mismo problema, pero me lo hicieron guardar en el salón.

El mío había sido un viejo amigo.

Observé los botones. Eran tan familiares que sabía qué eran solo con tocarlos. Pasé la mano por la pantalla y sentí cómo la estática empezaba a acumularse lentamente sobre ella. Luego, encontré la ranura del videograbador y la empujé con calma.

Para mi sorpresa, había una cinta dentro.

Mis dedos encontraron casi de inmediato el botón de expulsión, pero vacilé. Necesitaba asegurarme de que la cinta en sí no tuviera ningún presagio, porque eso sería una jugada increíble para Carousel si solo hubiera presionado reproducir o interactuado de alguna forma con ella.

Pero no tenía presagios, ni fuertes ni débiles —no había ninguno que valiera la pena mencionar.

Reuní valor y presioné el botón de expulsar.

Al sacar la cinta, casi la solté.

Decía Candyman.

Había visto esa película más de una docena de veces cuando era preadolescente. Era una de mis favoritas. Me aterrorizaba.

Mientras miraba el televisor, un cartel en el papel tapiz rojo me miraba de vuelta. Apropiadamente, el tropo asociado con el televisor se llamaba Watch Party. Era un tropo de Fanático que permitía a un Aficionado al Cine reproducir en el televisor las películas que normalmente veía en ese papel tapiz rojo.

Esa noticia fue estupenda, pero no podía concentrarme en ello.

Lo que apareció allí era extraño y, de manera curiosa, conveniente.

Y, sinceramente, me asustó porque no creía que ese televisor fuera simplemente como el que había tenido en mi infancia y aún conservaba en el desván.

Era mi televisor.

Lo sabía con certeza.

Era mi verdadero televisor.

Carousel jugaba conmigo, perturbándome con recuerdos de mi niñez, de mis abuelos y de... mis padres.

¿Con qué propósito? Si Carousel fuera alguna especie de fábrica de miedos o prisión de monstruos, lo entendería. Pero, ¿por qué hacía esto? ¿Por qué le importaba mi familia o lo que me ocurrió en la juventud?

No era miedo; era dolor.

¿Quizá buscaba provocarme alguna reacción? Y, de hecho, lo lograba.

¿Pero cuál sería su intención? ¿Solo remover viejos sentimientos, recuerdos que había sepultado en lo más profundo?

Mi mano se deslizó cariñosamente por la parte superior del televisor.

Saqué los auriculares de mi Walkman, los conecté a la toma de audio del televisor y volví a introducir el VHS de Candyman en el reproductor.

Así lo hacía antes, así permanecía despierto viendo películas sin permiso. Me recostaba en un saco de dormir, demasiado cerca del televisor, y veía cualquier filme que lograra conseguir.

Pasé tantas noches, días y horas con aquel pequeño televisor, muchas de ellas viendo aquella película en particular y otras decenas que, sin razón aparente, terminé obsesionado con ellas.

No sabía si aquello era un regalo o, por alguna razón insana, Carousel quería obligarme a recordar una noche de mi infancia —cuando ocurrió... cuando mis padres murieron.

También aquel televisor estaba allí, entonces.

Me preguntaba: si esa noche hubiera estado en mi cama en lugar de en la sala, con los oídos cubiertos por auriculares, viendo una película de miedo—no Candyman, sino otra buena—¿todo habría sido distinto?

Desconecté el televisor y lo sujeté por su pequeño asa incorporada.

Costaba veinte dólares.

Pagaría cualquier precio por un viejo amigo.